



Mirando arriba

No es mucho lo que nos pide la Iglesia en este tiempo cuaresmal; que nos demos menos al regalo y a la distracción y nos demos más al recuerdo y a la consideración de las verdades eternas.

Que pensemos en el polvo de que fuimos formados y en el polvo a que habemos de volver.

Que pensemos en Dios vengador, cuya justicia no podemos burlar, y en Dios misericordioso, siempre propicio a perdonar a quien se arrepiente.

Que pensemos en los yerros de nuestra vida.

Y en las debilidades de nuestro corazón.

Y en las flaquezas de nuestro espíritu.

Que pensemos en la gracia que nos purifica y nos salva.

Y en los sacramentos que esa gracia nos confieren.

Y en las disposiciones con que habemos de recibir esos sacramentos.

Que hagamos un examen de conciencia sobre nuestros deberes de cristianos.

Y para que nuestras almas sean más sensibles a los llamamientos de Dios, que hagamos un alto en la vida de disipación.

Y oremos con humildad y perseverancia.

Y mortifiquemos un poco nuestra carne y un poco más sus apetitos.

¿Es esto mucho?

Lo habia de ser y deberíamos conformarnos con los preceptos y el espíritu de la Madre Iglesia.

Se trata de asegurar nuestros destinos eternos.

Porque sobre el caudal que enriquece, y sobre el placer que alegra, y sobre las vanidades que encumbran, está, estará siempre la eternidad con sus penas eternas y sus eternos premios.

Lo de aquí pasa, lo de allí ni pasa, ni se muda.

El rico tendrá que abandonar sus riquezas.

Y el libertino sus orgías.

Y el encumbrado el pedestal en que se alzó.

La muerte a nadie ni nada respeta.

Y del lado en que entonces se caiga, se permanecerá eternamente.

Negar lo no es suprimirlo.

Olvidarlo no es evitarlo.

Desentenderse de ello no es ni alejarse siquiera.

Llegará porque tiene que llegar.

Y llegará a su hora.

No a la hora nuestra, a la hora de Dios, esa hora que nadie puede retrasar.

La Iglesia quiere que lo recordemos, y que lo pensemos, y que lo meditemos.

Para esto desata la boca de sus Ministros después de esparcirlos por toda la faz del mundo cristiano.

En las ciudades populosas y en las humildes aldeas.

Aquí las voces del Misionero.

Allí las del Cuaresmero.

Más allá las del Director de Ejercicios.

Y en todas partes las sencillas pláticas del Cura.

¿Qué rincón hay, en donde no resuene la voz del Ministro de Dios llamando a penitencia?

Voz extraña en este mundo que sólo piensa en atesorar y en disfrutar.

Voz, sin embargo, necesaria para que las almas entren en razón y las conciencias en orden, y la vida toda en sus cauces obligados.

¿Si no se la despreciara!

¿Si se la oyera con docilidad!

¿Si el pueblo cristiano diera pruebas de ser cristiano!

Ser cristiano no estorba para el trabajo honrado, y la ganancia justa, y los goces legítimos.

Para lo que estorba el vivir cristiano es para los procedimientos inmorales, y para las ganancias ilegítimas, y para los goces inmundos.

Para esto estorba y sólo para esto.

Y el vivir cristiano con la palabra de Dios se nutre, y con el calor del santuario se caldea, y con la penitencia se robustece, y con los sacramentos se afianza.

Y de ahí arranca el deber de oír la palabra divina.

Y el de asistir a los actos de culto.

PAX VOBIS

Año XXIX

Zaragoza, 4 Marzo 1927

Núm. 669

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

Y el de mortificar los apetitos de la carne.

Y el de confesar y comulgar.

¿Cuándo?

Siempre, y en el tiempo de Cuaresma con razón doblada.

Porque el vivir cristiano así lo exige.

También porque es el espíritu de la Iglesia.

Miremos arriba.

Cuanto a más alto se mira, más y mejor se siente a Dios, y en Dios la necesidad de enderezar los caminos de la vida para poseerle eternamente.

M. DE SANTA CATALINA.

EL JARDIN DE SANTA ANA

Yo conozco un huerto hermoso,
Prodigioso y milagroso,
En que es eterna la flor,
Y conozco al hortelano,
Que es pariente muy cercano
Del Señor.

Todo el huerto es un jardín
De purísimo jazmín,
Y son gloria del vergel
La rosa más delicada,
La azucena inmaculada
Y el clavel.

Es del jardín, jardinero,
El mismo Dios justiciero,
Que aquí pone, en cada flor,
La esencia de la piedad
Y la infinita bondad
De su amor.

Todo en el huerto se inclina
Sobre una firme y divina
Voluntad;
Voluntad puesta al servicio
De heroísmo, sacrificio,
Caridad.

Bellos prodigios, sin fin,
Dios hace en este jardín
Que perfuma la oración,
Cambia las sombras en luces
Y con ellas forma cruces
De pasión.

Cada flor tiene una vida,
Y cada vida, la herida

Que abrió su propio vivir;
Pues para ellas la vida es
Tan sólo lo que hay después
De morir.

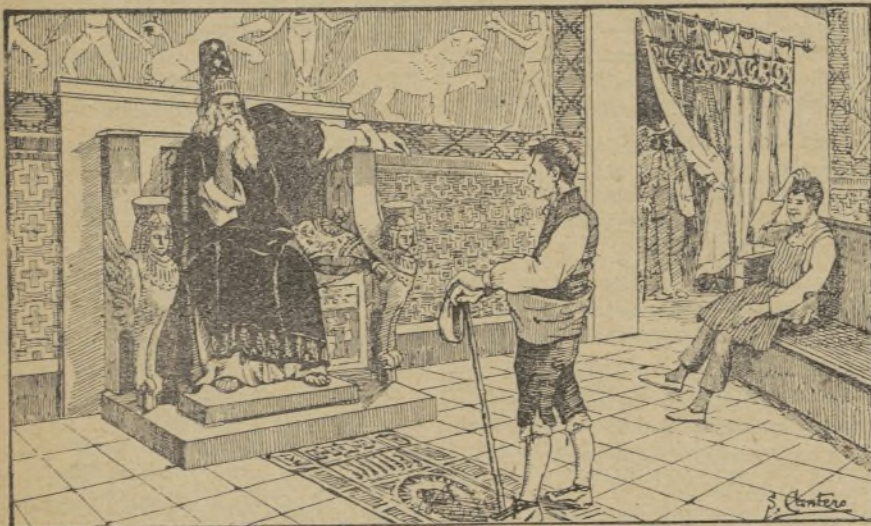
El jardín es un edén,
Y en él, se goza tan bien
De amor, confianza y quietud,
Que el sacrificio es piedad,
Y la piedad es bondad
De virtud.

Cada flor, una monjita
De caridad infinita,
Y aquella, junto al jazmín,
Que se alza sobre la flora,
Es la madre superiora
Del jardín.

Conozco un jardín hermoso,
Prodigioso y milagroso,
De color, perfume y luz,
Porque Santa Ana lo cuida
Con la ayuda decidida
De Jesús.

¡Rosa pura; flor divina,
Triunfadora y heroína!
¿Cómo igualarte en honor?
Si el ser hija de Santa Ana
Da derecho a ser hermana
De la Madre del Señor.

MARCIAL.



TRIBUNAL BARATO

—Macario.

—¿Qué ocurre?

—Que la Cuaresma está a la puerta.

—Sí, ya, *enteraos*. No crea *usté* que yo duermo a *to* las horas. Ya hace días que no *pué* pegar un ojo, pensando que el fantasma de la Cuaresma está a la vista. ¡Vaya una cua-

resmica que voy a pasar! Si la paso, que no sería extraño que me quedara en *metá* del charco.

—¿Y el charco es?

—La Cuaresma, hombre, la Cuaresma. Y todo por culpa de quien yo me sé y me lo callo.

—¿Soy yo, acaso?

—No lo quería decir, pero ya que *usté* lo confiesa...

—¿Y se puede saber por qué tengo yo la culpa?

—Si *usté* m'hubía *dejao correla* a mi gusto estos carnavales *pasaos*, hubia *pasao* mi Cuaresma como un santo de los *güenos*. Me pilla la Cuaresma sano, fuerte, robusto y, así, ya se *pué* arrear de firme, como un roble. Pero, *ahura*, me pilla en esta *conformidá*: pobre, amarillo, *esmirriao* y, a la vuelta de esa esquina, *u* de la primera semana, se m'abre un palmo de boca, pongo los ojos en blanco y caigo como un taco al suelo. Y me quedo yo sin Mago y, lo *qués* *pior*, *usté* se queda sin Macario *pa to* la vida. Porque, si yo me muero, y me voy allá, y aquello me gusta, pues me quedo y no *güelvo*. Y ya *pué* *usté* buscar otro Macario, que tarde, sí, muy tarde encontrará otro como un servidor. Y entonces, no me extrañará que se muera *usté* del disgusto, y allá *nus* veremos. Y dicen que allá es todo al revés; el que aquí es rico, allá pobre; el que aquí es *criao*, allá *siñorito*; el que aquí es un gran personaje, allá un pelagatos. De modo que aún espero que *usté* sea mi Macario y yo el *siñor* Mago. Y mire, sólo le encargo que no m'haga el chocolate claro, sino muy espeso, *pa* que lo tenga que cortar con navaja. Y la cocina, ya se *pué* *usté* suponer. *To* los días como si *fuá* Pascua de Resurrección; una comida que resucite a los muertos y... *amen... amen... amen* a todo lo que yo mande. Que, si se porta *usté* bien, tendrá a su disposición *to* las coles y las patatas que m'hi comido en esta vida y, al fin de mis días, haré testamento y le dejaré lo que sobre, que no será mucho.

—Bueno, basta de tontadas y vamos a lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro?

—Lo nuestro, es decir lo que nosotros hemos de tratar esta tarde, es sobre la santa Cuaresma.

—Y ¿*tamién* me va a hacer ayunar *to* la santa Cuaresma?

—Sí, ayunarás, como no tengas algún impedimento. Di, ¿tienes algún impedimento?

—Que me pongo enfermo siempre que ayuno.

—Y ¿cuántas veces te has puesto enfermo?

—Hasta el presente, ninguna; pero es que me valía de mis mañas.

—¿Qué hacías, pues?

—Que comía a escondidas y por la noche, en la cama.

—Mal hecho; eso no es ayunar.

—No importa, no lo veía nadie.

—Lo veía Dios.

—Pero Dios es muy *callao* y no dice nada.

—Este año tendrás, pues, que ayunar con formalidad. Precisamente la santa Cuaresma es la primavera de la Iglesia. Y tengo mucho empeño en que esta Cuaresma sea una rica primavera para ti. En el campo de las almas sucede lo mismo que sucede en el campo de los cuerpos. Si salimos al campo, verás los montes y los valles; los cerros y las colinas; los prados y los bosques, árboles, etc.; les verás, digo, como muertos, secos, sin vida. Pero, en la primavera, dentro de unos días, empiezan a soplar los vientos cálidos del sur. Ese soplo vivificador pasa sobre todas las yemas de las plantas

y parece decirlas, como Jesús ante el sepulcro de Lázaro: *Sal fuera*. Y Lázaro, es decir, la vida, se agita en el fondo de la mata, y... lentamente, con gran solemnidad, se va alzando de su sepulcro. Y la planta se viste de yemas hinchadas hasta reventar, se cubre de hojas policromadas que perfuman el altar de la naturaleza y se adornan con innumerables flores, que es un derroche de lujo y esplendor. En estas fiestas estupidas de la creación, el alma, asomada al balconaje de los ojos, queda sobrecogida de estupor al ver la transformación que han experimentado todos los seres, y al sentir el eco del grandioso coro de las criaturas que cantan: *Gloria in excelsis Deo*. Y uno no sabe si reír, o llorar, o abismarse en lo infinito, cayendo de rodillas y pegando su frente al suelo. ¡Oh! Cuántas veces, en esa gran catedral del Universo, en medio de la noche, bajo un cielo estrellado presidido por la luna y, en medio de un ambiente embalsamado, y saturado de todos los aromas, y envuelto en armonías que me aturdirían silenciosamente hasta lo más profundo de mi sér, cuántas veces digo, absortas todas mis potencias en el torrente de la vida universal del Gran Señor, le veía sugestionado, por todas las partes, anegado en su esencia y viendo, a través del gran velo de la creación, cómo me hacía señas paternales para que me acercase y me lanzase en su regazo. Y luego, sentía sobre mi frente el ósculo cálido y fecundo de mi Señor, aquel ósculo que ha creado todas las cosas y, pegado al cual, permanecía con ternura de niño, hasta que, por la mañana, venían a despertarme la gran sinfonía de luz y de calor que el sol volcaba sobre todas las cosas.

—Rediez, pues ¡no ha visto usted pocas cosas en un momento!

—Pues bien, hijo mío, la santa Cuaresma es para las almas lo que es la primavera para los cuerpos. En la santa Cuaresma, lo que hace el viento cálido del sur en los campos, eso mismo hace el soplo del Espíritu Santo en las almas. En la Cuaresma, hijo mío, la vida religiosa es más activa; las ráfagas santas y divinas que salen de la boca del Santo Espíritu envuelven la tierra y agitan los espíritus y, al momento, comienza a extenderse por la tierra, en arroyos de leche y miel, la vida divina que sabe a música, que alegra los espíritus. Y, cuando, merced a esta expansión de la vida de Dios sobre el mundo, todo despierta a una nueva vida y todo se renueva, todo sube también en movimiento ascensional hasta ocupar las cumbres, exclamando: *¡Bien estamos aquí!* Y se está bien en todas las partes, porque Dios lo ocupa todo y se hace sensible a los espíritus más duros. Y viene sobre los pueblos y sobre las familias un gran bienestar, efecto de esa floración espiritual que lleva la vida a todo. Sí, padres, madres, hijos, todos son mejores, todos se aman y se abrazan bajo la mano del Señor. Por eso digo y repito que la Cuaresma es la primavera de la Iglesia. Si siempre fuera Cuaresma y los cristianos cumplieran con todo lo que aconseja nuestra Madre la Iglesia, no habría muchas guerras, ni rencores que nos hacen vivir en la tierra vida de diablos, y otro sería el

movimiento progresivo de los pueblos. Sí, hijo mío, si siempre fuera Cuaresma...

—Mañana pedía la licencia.

—¿Qué licencia?

—El *canuto*, como los *soldaos*, *pa marchame* a mi casa y dejar la Cuaresma *pa* los sacristanes.

—Tú no sabes, hijo mío, la influencia que ejerce la Cuaresma en la marcha del mundo, con su oración más intensa que trae a la tierra aire del cielo, sin el cual las almas se mueren, porque el aire de la tierra, lleno de impurezas, se hace irrespirable. La Cuaresma, hijo mío, es para los pueblos lo que es la sal para las carnes, que impide que se corrompan; para que vivan los pueblos y no mueran; y vivan no una vida cualquiera, sino la misma vida de Dios, a fin de que no los corroa y destruya la gangrena social; gangrena provocada por las malas lecturas, obscenas representaciones y licencia de costumbres. Sí, la Cuaresma y lo que la Cuaresma trae de la mano, ponen un dique a los desbordamientos de la carne y a los relinchos de la fiera que no conoce freno. Sin la austeridad que nos predica la Cuaresma no sería posible la vida de familia, la vida cristiana, ni la vida social. Por eso yo soy enemigo resuelto de todo el que extiende por el mundo la mancha negra, la relajación de las costumbres, y soy su enemigo, porque es el enemigo de mi casa, de mi raza y de mi patria. Las potestades de la tierra apenas si se preocupan de eso, pero bien lo pagan. De cuando en cuando sobrevienen esas catástrofes, como grandes castigos que purifican la atmósfera social: es la carne que ha corrompido todos sus caminos. Y esos propagadores de cosas pueras son tanto más infames cuanto que añaden la cobardía a su infamia. Se dirigen, con preferencia, a los jóvenes, a los niños que no conocen la vida y no saben defenderla. Mientras existan esas libertades, los pueblos estarán en peligro. La pornografía, sobre todo, es un tiro disparado a boca jarro al mismo pecho de la civilización. Todo se bambolea cuando el barro en que se asienta el hombre y que le sirve de base se convierte en charco cenagoso y vive bajo la acción de sus salpicaduras. Cuando yo miro el montón de basura que nos rodea y que nadie se preocupa de retirar, digo mirando a la juventud, sobre todo a los niños: "Esa basura matará aquella juventud y aquellos niños".

—Entonces, si por usted fuera, mataría *to* los cines, *to* los libros y periódicos alegres, *to* los *treatos* divertidos.

—Sí, y lo digo muy alto, mataría todo eso, para que todo eso no acumulase el combustible que, andando el tiempo, habrá de abrasar la tierra. Que mucha gente se ríe de eso; no me importa. En mi vida, he aprendido, entre otras cosas, a no hacer caso de los tontos y a llorar por aquellos niños que no tienen madre que los defiende de las pezuñas del cerdo sucio y soez.

—Ya me decía el tío Francisquico que la Iglesia era enemiga de *toos* esos adelantos.

—Mientes; por el contrario, la Iglesia es el único antídoto contra los venenos que le hacen tragar a la

sociedad. Yo, hijo mío, me consuelo al mirarla, siempre de pie, y amparando con valor de madre el caudal de sus hijos. Nunca le pagará el mundo lo mucho que le debe y el consuelo que derrama sobre las almas doloridas. La Cuaresma parece triste y es un manantial de alegrías íntimas que no se pueden contar; en cambio, el carnaval parece alegre y es un sumidero de negruras desgarradoras. Y es que las cosas no siempre son lo que parecen. Son lo que son y nada más. Si a mí me mandaran buscar la criatura más feliz del mundo, no la buscaría entre las turbas carnalescas que marchan siempre en brazos de la tormenta, no; la buscaría entre las almas cuaresmales, en donde reina una paz profunda que corre como un arroyo cristalino y sembrando de flores la pradera de la vida. Retírate, Macario.

—Pero, ¿en qué quedamos?

—En que tendrás que ser *cuaresmero*.

—¿Y *pa* eso tanto hablar?

—Pues ¿qué te creías?

EL MAGO.



Arrojamos un leño al fuego y arde, convirtiéndose también en fuego.

Arrojamos un pedrusco, y se calienta, pero no arde, y pedrusco sigue siendo.

¡Cuántas veces me alejo del altar con esta amargura: ¡si en vez de corazón llevaré yo un pedrusco dentro de mí!

¡Porque ardo tan pocas veces!

—¿Lo has pensado bien? comulgar es recibir a Dios.

No podemos, pues, ofrecerle para albergue una choza miserable, en donde toda inclemencia tiene su asiento.

Ni una casa de vecindad, en donde hasta el mismo propietario tiene que sufrir las impertinencias de los inquilinos.

Palacio debe ser nuestro corazón por su grandeza, *sin aires de la calle* que lo hagan inclemente, *sin ruidos* que turben la paz de sus mansiones.

Cuanto más grande sea nuestro corazón, más recibiremos de su vida; y cuanto más al abrigo esté de los pensamientos frívolos, más recibiremos de su dulzura; y cuanto más resguardado de los afectos humanos, más participaremos de las influencias de su amor.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

"Memento homo...."

En la puerta de cierta Iglesia de una ciudad importante, pedía limosna todos los días un pobre mendigo, el cual se encontraba siempre triste, no hablaba apenas, contentándose con inclinar suavemente la cabeza haciendo ligera inclinación al recibir un óbolo de los infinitos devotos que entraban cotidianamente en aquella Iglesia. Entre ellos, también entraba un joven sacerdote, que estaba adscrito para ofrecer el Santo Sacrificio allí todos los días, y de sus manos recibía, también todos los días, una limosna, pues hay que advertir que aquel sacerdote descendía de una noble familia y, al ser sacerdote, únicamente se propuso servir a Dios con fidelidad y aliviar a los pobres indigentes; por eso, sus manos estaban siempre abiertas en las necesidades espirituales y corporales de sus semejantes.

Pasó algún tiempo, y aquel mendigo dejó de ir a pedir limosna a la dicha Iglesia; y como el buen sacerdote le había tomado cariño por sus modales respetuosos y por el aire siempre sombrío de su rostro, se atrevió a preguntar a los otros mendigos dónde vivía su compañero. Averiguólo y se dirigió a su domicilio, con el fin de inquirir las causas de su prolongada ausencia. Se encaminó una tarde a una calle estrecha y fea, y después de subir 150 escalones, se encontró un sotabanco, y dentro de él y tendido en un miserable jergón, yacía gravemente enfermo el susodicho mendigo. Grande fué la sorpresa que recibió el enfermo, sólo comparable con la alegría de aquel santo sacerdote al encontrar a aquel hombre a quien había buscado hasta con afán, por si podía socorrer su miseria y mitigar sus penas, como misión recibida por todos los sacerdotes y especialísimamente por los párrocos encargados de una porción del rebaño espiritual de Jesucristo.

—¿Cómo vos aquí, señor Cura? pregunta el enfermo; a lo que el sacerdote replicó: Soy ministro de Jesucristo, y en su nombre vengo a consolarte y socorrerte. —¿Y es posible que criatura

humana se acuerde de un miserable como yo? Señor Cura, yo merezco la execración de toda la humanidad; soy un criminal, un bandido, y no es posible que encuentre ni un corazón tan generoso que me quiera otorgar el perdón. El sacerdote le consoló y le mostró el Corazón de Jesús que perdonó a sus verdugos y perdona a los pecadores que verdaderamente se arrepienten, aun cuando algunas veces tengan que sufrir la última pena, impuesta en este mundo por la justicia humana, invitándole al propio tiempo a hacer una sincera confesión de todos sus pecados para obtener de Dios el perdón.

Mucho tuvo que luchar el sacerdote para vencer la resistencia de aquel hombre, pero al fin triunfó la divina gracia. Empezó, pues, su confesión, y turbado dijo al sacerdote: Os voy a declarar el crimen más horrendo de mi vida, el que me quita el sueño y me tiene lleno de melancolía: Hará de esto unos 30 años... yo vivía en una casa junto a unos buenos vecinos que se dedicaban a la labranza en gran escala y llegaron a ser nobles y ricos. Un día... mejor diré, una noche... yo sabía que mis vecinos habían hecho un buen negocio, en el que habían ganado unos cuantos miles de duros... y cegado por la avaricia, entré en aquella casa furtivamente, maté a puñaladas al matrimonio algún tanto anciano, degollé a un hijo y una hija que se hallaban tranquilamente dormidos y al pequeño no lo pude matar, porque se escapó por una ventana y sólo tuve tiempo de tirarle el puñal a la cabeza, e ignoro si había muerto o no; recogí el dinero, recorrí tierras, esquivando la acción de la justicia, hasta que me decidí a volver; el dinero aquel, como era un dinero maldito, se escapó pronto de mis manos y quedé reducido al estado en que me habéis encontrado. Decid ahora; ¿merezco el perdón? ¿Dios me perdonará? El sacerdote, a quien habían causado dolorosa impresión tantas perfidias, recobrando al fin su serenidad, le dijo que Dios quiere que todos se salven y que por todos murió Cristo en la Cruz, pero con la condición

de arrepentirse y resarcir, en lo posible, todo el mal causado con verdadera voluntad. Y viéndolo dispuesto, pronunció con voz entrecortada la fórmula de la absolución. Después le dijo: Dios acaba de perdonarte por mi ministerio; dame ahora la mano; e inclinándose, hizo que el enfermo tocara la cabeza del sacerdote, diciéndole: Mira esta cicatriz; yo soy aquel a quien tiraste el puñal, tú has sido el asesino de mi familia, yo te perdono también como Dios te ha perdonado. Entonces el enfermo, lleno de espanto, mirando a aquel sacerdote que le perdonaba, estrechando sus manos, expiró en presencia de Dios y del hombre que le había buscado para salvar su alma, perdonando el crimen que había cometido contra su familia.

No os extrañe, lectores míos, esta historieta; se decía antiguamente que es dulce la venganza, y aún hoy se dice también, y entre católicos que perdonan pero no olvidan, en lo cual no se ve el perdón verdadero, pues si no olvidan, tampoco perdonan; pero es mucho más dulce el perdonar, el ser semejante a Cristo que perdonó a sus verdugos y nos perdona a todos. Mirad el cementerio, abrid las tumbas, ¿qué veis? Polvo y ceniza; en eso se han convertido los rencores, los distintos odios, la malquerencia; esto en cuanto al cuerpo, ¿y el alma? Padeciendo siempre por esos odios y rencores que se introducen hasta el lugar santo, hasta la Iglesia, que no admite en su seno rencores ni rencillas. Por eso, la Iglesia nuestra Madre, nos recuerda el miércoles de Ceniza que somos polvo y ceniza y que todos nuestros castillos de ilusiones, de quimeras, de malquerencias, de odios concentrados que se exteriorizan por la murmuración, la calumnia, la maledicencia y otros modos, se han de convertir un día en polvo y en ceniza, terminando todas las luchas de esta vida en la puerta del cementerio, donde no deben penetrar para no perturbar el sueño de los que allí descansan, esperando la resurrección para unirse a sus almas.

Mariano Sebastián Izuel.

Tip. Gambou : Cantranc, 3, Zaragoza